

CRONISTAS DE CONVENTO

Indudablemente que uno de los aspectos más genuinos y propios de nuestra literatura del siglo XVII, lo encontramos en las pintorescas crónicas conventuales. En ellas no solamente tenemos material histórico, sino también literario, geográfico y etnológico. De allí que se haya dicho que el rasgo principal que las hace de veras valiosas, es el crecido caudal de noticias que contienen a cerca de la historia general del reino. Tal vez la explicación de este rico contenido pueda hallarse en la preponderancia conventual, o mejor, religiosa, de nuestra vida colonial. Sin embargo conviene no exagerar la nota.

Al lado de este carácter general de las crónicas de convento, podemos apuntar otro no menos típico, y es el de su carácter edificante, concorde por otra parte, con la corriente moralizadora de la literatura peninsular de la época.

Estos caracteres de las crónicas conventuales podemos generalizarlos a las crónicas escritas por los religiosos y misioneros que se ocuparon de nuestra historia colonial, haciendo incapié sobre algunos extravíos como los del padre Arriaga que destruyó muchos ídolos indígenas. Por otra parte su mayor inteligencia, preparación e ilustración hace que sus crónicas sean preferidas a los escritos broncos de los cronistas soldados, por ejemplo. Naturalmente que dentro de esta tipicidad tenemos que anotar el carácter religioso de sus noticias que se destaca principalmente en la forma de sus crónicas. Así en la Crónica Franciscana de Fray Diego de Córdoba Salinas encontramos este párrafo: "A Don Felipe IV N. S. El Piadoso, Rey Católico de las Españas y Emperador de las Indias. Señor:"

"Los sagrados honores de varones admirables, que con armas de sayal y cuerdas de esparto, si bien con bocas de fuego de los cielos, conquistaron a vuestra majestad el Mundo Nuevo (como que para tanto imperio como preside en su Real espíritu, fuese necesario desatar en sanchas a sus Orbes) con natural ambición se van a los pies de V. M. vasallos siempre suyos, a vivir a sombra tan esfera de lumbres, glorias émulas de las que en la eternidad les concedió gozar de nombre y culto quien solo es Monarca de lo firme nuestro Dios"....

Tres son las crónicas conventuales que vamos a tratar: la Agustiniiana, la Dominica y la Franciscana, con su cronista representativo.

CRONICA AGUSTINIANA

Fray Antonio de la Calancha.—Biografía.—(1584-1654).

Según Riva Agüero y M. Mendiburu nació en Chuquisaca, en 1584, hijo de padre ilustre don Francisco, y de doña María de Benavides. Se metió al convento de su ciudad a los 14 años. Gracias a su vivacidad e ingenio fué enviado al Convento de Lima. Como predicador fué uno de los primeros de su época. Graduado de doctor en Teología en la Universidad de Lima, fué Maestro de Religión, Secretario de Provincia una vez y dos de Definidor, después Rector del Colegio de San Ildefonso y Prior del Convento de Trujillo y Lima.

Según se dijo, murió antes de dar término a su obra después de haber publicado "El Santuario de Copacabana" y "El Santuario del Prado". Se encargó al Padre Torres la terminación de la crónica, quien al darla a la publicidad hizo esta indicación: "Algo podría divertir, dice, el desconsuelo, ver continuada su Historia (la del P. la Calancha) si no fuera yo el escogido para acabarla. Aliéntame empero, entender que aún cuando errare en escribir, no puedo errar en obedecer. Mándanme que prosiga la Historia desde donde su paternidad la dejó; y aunque al acabar obras ajenas, sobre no ser fácil empresa, suele ser las más veces desgraciada, por la falta de invención propia, por la disonancia de diferente estilo, con todo eso intentaré continuar esta Historia, siguiendo el orden comenzado, no el estilo del autor, porque su varia y afuente erudición es gala de ingenio, de más alta estatura que el mío" Continúa después "Cuando comenzó a imprimir el segundo tomo su autor tenía el intento de componerlo de cinco libros, en que se comprendiese lo que faltaba de la Crónica toda. Pero comprendiendo después con la experiencia, que el primer libro que contiene el Santuario de Nuestra Señora de Copacabana había desmedidamente crecido en la prensa y que en este segundo se iba empeñando al mismo paso, temió que le faltase la vida (como sucedió) antes de acabar toda la obra: y habiendo impreso del hasta el duodécimo pliego, la dejó en este estado y pasó a la impresión del quinto que contiene lo perteneciente al Santuario de Nuestra Señora del Prado de esta ciudad acordando de nuevo formar este segundo tomo de estos dos Santuarios solamente, remitiendo los otros tres restantes (que son los más deseados de la Provincia) para el tercer tomo, si le sobrase vida para ello. Dispuso el señor llamarle y esta es la causa

porque este libro sale imperfecto, y porque el primero y el quinto se divulgan ahora sin los tres intermedios, en el estado que su autor les dejó". Publicada esta tercera parte por el P. Torres, salió, lo que podríamos llamar una cuarta parte de la *Crónica del Perú*, que no llegó a imprimirse, obra del P. Teodoro Vásquez, continuador del P. Torres.

En el mencionado libro tercero, se ocupa el autor, de las vidas de varios religiosos, de la entrada de los agustinos a Chile y de las acciones heroicas de los españoles.

**"CRONICA MORALIZADORA DEL ORDEN DE SAN AGUSTIN
DEL PERU".—Calancha.**

Se ha considerado al P. Calancha como el más típico e interesante cronista conventual. De rara virtud, de palabra fácil, sacerdote celoso y erudito, doctor sanmarquino, su obra vale por la cantidad de datos siempre importantes o curiosos que contiene, ya sea sobre la naturaleza del país, antigüedades indígenas, en especial las del litoral, y la realidad social de su época. "No fué Fray Antonio un ingenuo recolector de supercherías— dicen Pedro M. Benvenuto Murrieta y Guillermo Lohmann Villena en el tomo IV de *Biblioteca Cultura—Cronistas de Convento*—: antes bien tuvo la preocupación de rebatir cuantas cayeron bajo su mirada ejemplar de observador acuciosísimo. En el bosque de su estilo culterano y bachilleresco, siempre afectado y casi nunca cuidadoso, si despejáramos la maraña de citas insufribles y ociosas, lucen no escasas flores de agradable belleza y expresión. Como el gusto barroco de Calancha complaciase en discretos y juegos de palabras, y como no es fácil ni corriente hallarlos de continuo oportunos e ingeniosos, abundan en sus páginas vulgares repeticiones, expresivas e hinchadas retóricas de ocasión. Entre los caracteres de su estilística, nótase el empleo de múltiples comparaciones en que sirven de término seres de la naturaleza. Esta circunstancia nos recuerda a menudo el empleo semejante que de las curiosidades naturales hizo San Francisco de Sales en su *Introducción a la vida devota*".

En su "Crónica moralizadora del Orden de San Agustín en el Perú", el P. Calancha se ocupa en primer lugar en una larga, rebuscada y muy erudita disquisición de la descripción y traza del Perú. Trata después de lo que ha sido, es y será la religión de San Agustín en el Perú, empeñándose en probar que hasta que vinieron los agustinos, no hubieron predicadores en el Perú, afirmación ésta que motivó una polémica con el dominico limeño Meléndez, en la que se advierte la índole apologética de las añejas crónicas conventuales. En seguida el P. Calancha, en párrafos que muestran la ti-

picidad de su estilo trata de demostrar que fueron los tártaros los primeros habitantes del Perú que, para el Cronista, debería llamarse Pizarrina, dice "Los pobladores de estas Indias fueron los hijos y descendientes de Jafet, tercer hijo de Noé; y pobláronla los tártaros naturalmente inclinados a poblar, o vencer distantes y diversos reinos, y así se han extendido en todo lo que hay de tierra desde el Océano Oriental o Mángico, o mar helado, que topa con este Nuevo Mundo, hasta la laguna Meotis, que divide a Asia; o los Noruegos, Lupianas y Curlandios, naciones Septentrionales pegadas con este nuevo mundo y parecidas a estos indios en gestos, hábitos, costumbres y religión". "Que fueron los tártaros sus pobladores —agrega— se prueba con una razón (que en todas las naciones y edades ha sido auténtica probanza) y es traer el mismo color, las mismas costumbres, semejante religión y propias condiciones".

Hace una elogiosa, variada y completa descripción del Perú, llena de curiosidades, consideraciones pintorescas y experiencias personales. Sus epígrafes son: "Cielo benévolo de hermosísimos celajes y pintados arboles", "Los planetas y signos son acá de aspectos alegres", "Mar del Sur, Mar Pacífico", "No tiene pez regalado el Océano que no lo críe este mar", "Maravillas se ponderan de sus aguas terrestres", "Tierra sana, deleitosa y regalada", "Arboles campesinos y sin frutos y frutales de regalo", "Aves como flores", "animales feroces y caseros y toda clase de sabandijas", "Divídese la tierra en llanos, sierra y andes", "Porque no llueve en estos llanos del Perú", "El paraíso en el Perú", etc., y considera que esta benignidad de los temperamentos aguza los ingenios.

Los quipus forman parte de sus numerosas y prolijas noticias de antiguallas peruanas y a los que llama "archivos y memoriales de los indios", llama "elocuentes" a las formas y colores de los quipus.

Sus consideraciones al narrar la muerte de Pizarro son sentidas y ejemplares, alabanzas y censuras que dedica a la "grande y desventura del más grande corazón: Pizarro".

Se ocupa en su crónica también de la fundación de Lima. Las noticias, a veces crédulas, a veces risueñas, en que explica el genio limeño por el influjo estelar son halagadoras al sentimiento regional. Trata de los astros que influyeron en su fundación y que efectos transmiten a sus habitantes, de las cuatro estaciones; dice: "jamás se oye trueno ni se vido rayo". Sus epígrafes son: "Todo el valle es fértil, hermoso y provechoso", "La Ciudad de los reyes", "La tierra influye señorío, aniquilando condiciones cuitadas y agrandando corazones humildes". Habla de los ratones y en seguida de la magnificencia de templos y hospitales. Describe el Convento Grande de San Agustín con encomio y pinceladas muy barrocas. Como muestra de las suntuosas procesiones coloniales describe "El

milagro cristo de Burgos y la procesión de Sangre de Jueves Santo”.

Entre los sucesos ejemplares narra la conversión de un negro enérgico.

La epopeya por él narrada de los doctrinantes que precedieron a los agustinos está destinada a desconocer todo valor a esa labor.

Encontramos un acopio muy interesante en los datos que da el P. Calancha sobre la idolatría y abusos de los indios. Se ocupa de los brujos y hechiceros, de los sucesos extraordinarios que aterrorizaban a los indios.

Hace pintorescas descripciones de regiones y ciudades y se ocupa de las de Trujillo, La Plata, la Villa de Ica, Huánuco, etc. En

Sus hagiografías de los ilustres varones agustinos que en el Perú se distinguieron por sus virtudes cristianas y fervorosa evangelización de indios, son muy extensas y henchidas de digresiones. “Fray Diego Ruíz, Protomártir del Perú”, se titula una de ellas.

Se ocupa a continuación del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana, con datos proporcionados por Gavilán, describiendo y elogiando la imagen de la Santísima Virgen.

Refiriéndose a los indios dice: “A estos indios más que a todas las naciones del mundo, mueve más el buen ejemplo de las obras que la mucha elocuencia de las palabras”. Trata también de los Vicuñas y Vascongados, bandos en que se dividía la lucha de los mineros de Potosí. Ciertos relatos que comentan monstruosidades de la naturaleza producen a la vez espanto y burlona credulidad.

El libro V del segundo tomo está consagrado a historiar la imagen de Nuestra Señora del Prado y el monasterio limeño de ermitañas agustinas. Todo ello con barroca estilística y floridos e inoportunos prosaísmos. Empieza haciendo una invocación a la Virgen. Trata después de la vida ejemplar de las primeras monjas del Prado, etc.

El continuador del Padre Calancha fué:

Fray Bernardo de Torres.—El Dr. Riva Agüero, dice de él:

“El maestro fray eBrnardo de Torres, vallisoletano, catedrático en la Universidad de San Marcos, que sucedió como cronista a Calancha, y que cuidó de prologar y publicar el segundo tomo de éste, continuó la historia de la provincia agustina del Perú desde el año 1594, en que se suspende la narración de la primera parte de *La Crónica Moralizada* (pues la segunda casi no se ocupa en los sucesos propiamente conventuales de los padres agustinos y fué olvidada muy pronto), hasta 1657. En este año concluyó e imprimió su obra el P. Torres (Lima, imprenta de Julián Santos de Saldaña). La Crónica de Torres está compuesta con los documentos y

apuntes dejados por Calancha; y tiene al fin un epítome del primer tomo de la *Crónica*, despojado no solo de sus digresiones *moralizantes*, sino también de las históricas y reducido a lo exclusivamente monástico. Fray Bernardo de Torres no fué pues, más que el redactor y extractador de los datos reunidos por Fray Antonio de la Calancha. Pero, castellano grave y sobrio, hombre de cátedra más que de púlpito, el P. Torres no se contentó al desmesurado y caprichoso plan de su antecesor, sino que lo convirtió en lo que natural y lógicamente debía ser: en la mera y sencilla relación de la vida conventual, desembarazándolo de las exornaciones y disquisiciones extrañas al tema, a las que fué tan afecto el maestro Calancha; con lo cual si bien de un lado purificó el género, volviéndolo a su propia índole y aligeró la enorme mole de la crónica agustiniana, de otro lado disminuyó su curiosidad y utilidad extrínseca, privándola de las noticias y disertaciones sobre historia secular y creencias de los aborígenes, que es lo que hoy constituye a nuestros ojos, el principal mérito de la obra de Calancha. Se distingue Torres de Calancha en que expone con mayor claridad y sinceridad, aunque, como es natural, con recato y de mala gana, las disensiones y los disturbios de los conventos, diciendo con muy buen acuerdo: "no escribo panegíricos sino historia". Su recto juicio se muestra igualmente en el odio que sentía por el afectuoso lenguaje de los predicadores de la moda: "Monstruo que el mundo llama *culto* y los espirituales nueva persecución de la Iglesia". Su estilo es perfecta antítesis del de Calancha ajeno por completo al culteranismo y al equivoquismo, exento de toda especie de afectación, aunque no falto de algunas arengas retóricas (para seguir sin duda el ejemplo de los historiadores clásicos, claro, llano, de excelente sabor castizo, de simplicidad robusta). Riva Agüero "La Historia del Perú".

La Obra del Padre Torres se titula "*Crónica Agustiniana*" y dados los caracteres de la misma en forma magistral por el doctor Riva Agüero, no vamos a hacer mayor comentario ni a describir el contenido de la misma. Su tema como ya se ha dicho es de carácter esencialmente religioso y todas las noticias que en ella se dan están teñidas de religiosidad o sino íntimamente vinculadas a la vida de convento.

CRONICA DOMINICA

Fray Reginaldo de Lizárraga.—Biografía.—(1546-1615).

Manuel de Mendiburu dice de este padre dominico "Nació en Vizcaya y vino joven al Perú con sus padres, que fueron los primeros pobladores de la ciudad de Quito, y en seguida se avecindaron en Lima. Tomó en esta ciudad el hábito de Santo Domingo en 1560

de manos del Prior Fray Tomás de Argomedo, quien según la costumbre de mudar a los novicios los nombres le dió el de Reginaldo, y con esto dejó de llamarse Baltasar que era en realidad el suyo”.

“Tuvo muchos cargos: fue Predicador general, Prior de varios conventos, Definidor y Vicario Provincial. Hallóse en Chuquisaca cuando estuvo allí de Virrey don Francisco de Toledo; y en una junta que se celebró, se opuso a la expedición que se emprendió inútilmente para someter a los indios chiriguano. Después se le eligió Prior de Lima, en cuya ocasión hizo el antiguo tajamar a las orillas del río, para librar al convento de una inundación; porque las aguas crecientes habían destruído una calle intermedia que existió, y amenazaban muy de cerca el edificio, particularmente el claustro de la enfermería”.

“Nombrado Provincial de la Nueva Provincia de Chile, marchó a su destino por tierra, venciendo un inmenso camino por entre desiertos y peligros, y así que cumplió su período volvió a Lima, y sirvió el cargo de maestro de novicios. El Virrey D. García Márquez de Cañete, recomendó al Rey las virtudes y méritos de este religioso, y Felipe II le presentó para obispo de la Imperial en 1596; consagróle el Arzobispo Santo Toribio, y pasó a su diócesis desde donde auxilió a su noviciado con una renta de 50 pesos para el alumbrado del Oratorio. Trasládósele al Obispado del Río de la Plata o Paraguá por cédula de 8 de febrero de 1607. Falleció en la capital de la Asunción el año 1615 a la edad de 70 años, y se le dió sepultura en la Catedral. Tuvo por dispensa del Papa Clemente VIII facultad para hacer testamento: y al ejecutarlo dejó un capital para que se diesen dotes a jóvenes huérfanos”.

“Escribió este Obispo varias obras, que aunque encargó se imprimiesen, no llegaron a darse a luz: un volumen sobre los libros del Pentateuco; dos sobre lugares de la Sagrada Escritura, otro de Sermones; un Comenta de los emblemas de Aleiati, un opúsculo sobre la vida y eminentes cualidades del primer Arzobispo de Lima D. Fr. Jerónimo Loayza; y las Descripción y población de las Indias, citada por don Antonio de León Pinelo en su Biblioteca Occidental y que sirvió mucho al P. Fr. Juan Meléndez, autor de los “Tesoros verdaderos de Indias”. Manuel de Mendiburo “Diccionario histórico-biográfico del Perú”.

Su obra titulada “*Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*”, nos dá en primer lugar las impresiones del P. Lizárraga del valle de Amotape, entre Tumbes y Piura y dice al respecto que “gobiernan las indias capullanas y se casan las veces que quieren”. A continuación nos pinta con preciosos rasgos las calidades de los valles entre el del Santa y el Rímac a la vez que nos evoca los peligros que comportaba hacer un viaje en aquellos años, que son lentos tanto por tierra como por mar. Nos

hace un retrato de la quieta villa de Trujillo. Narra con generosas alabanzas el valle del Rímac y el emplazamiento de la ciudad de Lima; se ocupa de su plaza y su caserío. Al ocuparse del Convento de la Encarnación nos dá la idea del recogimiento sin igual de las monjas de aquellos tiempos. Al tratar del Convento de Santo Domingo de Lima narra los incidentes en él acaecidos y al lado de la aparición celestial coloca el contraste de la demoníaca. Narra la costumbre muy española de acompañar al Santo Viático. Al tratar de las limeñas dice: "Las limeñas hacen muchas ventajas a los varones", varones a los cuales llama gentiles hombres. Se ocupa también de las condiciones de los indios.

Entre los retratos que pinta encontramos los del Arzobispo de Lima Fray Jerónimo de Loayza, los de Andrés Hurtado de Mendoza y el Oidor Saravia.

Al tratar de los piratas hace una hermosa descripción del indecible alboroto que provocó en las Indias Occidentales el Pirata Drake y del Corsario Cavendish. Se ocupa también de la campaña de D. Beltrán de Castro y de la Cueva, cuñado del Virrey García Hurtado de Mendoza, contra el pirata Hawkins.

Fray Juan Meléndez.

Otro Cronista dominico es el limeño Fr. Juan Meléndez, nacido a mediados del siglo XVII. En el desempeño de apropiados cargos conventuales, demostró tener dotes de historiador y gran afición por dichos estudios. Además de Regente de Estudios en el Cusco y en Lima, y de Cronista de la Provincia de San Juan Bautista, fué Regente de la ilustre Universidad romana de la Minerva, sorprendiéndole la muerte en el desempeño de este cargo. La más importante de sus obras se titula "*Tesoros Verdaderos de Indias*", crónica en tres tomos (1681-82). Su obra sirve como manantial de síntomas espirituales de la época, en la que se entrevé principalmente su propósito de refutar las afirmaciones de Calancha que pretendía para su Orden el primado, cuando menos cronológico, en la conversión de infieles en el Perú. En sus expresiones fervorosas de amor a España y al Perú, encontramos la manifestación palmaria del doble patriotismo de los "eriollos". Su estilo es sobrio.

El contenido de la obra de Meléndez "*Tesoros verdaderos de Indias*", después de la apologética con que defiende y trata de reivindicar para las demás órdenes, la pretendida asignación a la agustiniana de toda la labor de conversión de infieles en el Perú, y después de hacer un elogio del P. Córdoba y Salinas, trata del verdadero sentido del memorial de Fray Bartolomé de las Casas, quien estuvo en el Perú sólo al principio y por breve tiempo. Describe la continuación todo lo que hicieron los dominicos para aprender el

idioma aborigen y adoctrinar a los indios. Refuta a Calancha la afirmación que hizo de que fueron padres franciscanos los padres arcabuceros que prendieron al padre Ulloa, y encara al cronista agustiniano el silenciar las proezas, servicios y hazañas de los padres franciscanos.

En sus descripciones de España y del Perú, hace un elogio y defensa de la primera y muestra su amor criollo por el segundo. Al describir Lima, de la que estaba sinceramente enamorado, su ciudad natal, traza una pintura prolija, con datos tomados de Montalvo, agrega ciertas curiosidades como aquellas de apuntar la afición de sus dulceros paisanos a los insuperables almíbares y conservas del país. Trata en primer lugar de la apacibilidad de sus temples, después de la plaza, corazón de la ciudad, de los contornos y arrabales, de los limeños en general, de las devociones piadosas en el cerro de San Cristóbal. Encontramos en estas noticias datos para reconstruir la antigua devoción y procesiones católicas del Perú.

Sus narraciones sobre "el amor a los indios de Fray Bartolomé Vargas" son fuentes para el conocimiento de las costumbres sociales del Virreynato. Se ocupa también de la moza que fingía locura por achaque de un loco amor. No estaba poseída del demonio, fingía tal para usar de su cuerpo deshonestamente con un hombre.

CRONICA FRANCISCANA

Córdoba y Salinas

Biografía.—"Natural de Lima, fué Fray Diego de Córdoba y Salinas, guardián del Convento de San Francisco de Jesús de Lima, y notario apostólico y cronista de la orden en el Perú. Ayudó a su hermano Fray Buenaventura en la composición del *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo*. Publicó la *Vida de Fray Francisco Solano* (Lima 1630, segunda edición aumentada en Madrid 1643) y aparte en 1641, una relación del proceso de la beatificación del mismo padre Solano. Por orden del Arzobispo Villagómez escribió y remitió a España en 1649, para contribuir a la historia eclesiástica de Indias, en cumplimiento de la Real Cédula de 1648, un libro intitulado "*Teatro de la Santa Iglesia Metropolitana de la Santa Ciudad de los Reyes*", que es quizá el mismo que Nicolás Antonio denominaba *Monarquía Limense*. Está incorporado en su *Crónica* casi sin variaciones, cuanto dice en su manuscrito "Sobre los servicios de los Franciscanos en el Perú" compuesta en 1638".

"En su primitiva redacción la *Crónica Franciscana* de Fray Diego de Córdoba no trataba sino de la provincia de los *Doce Apóstoles*, que abraaba entonces el Perú de hoy, menos Cusco y Arequipa. Después ensanchó Córdoba el cuadro, comprendiendo la historia

de las otras provincias sudamericanas que habían nacido de las de los *Doce Apóstoles*; pero conservó el nombre de ésta como título de la obra por ser su principal asunto”.

“La Crónica de Córdoba es pesada y fatigosa de leer. El estilo embarazado lento, opaco y de mal gusto, aunque sin las extravagancias y los colorines del de Calancha. El estudioso de la historia peruana halló mucho menos provecho en el estudio de la *Crónica Franciscana* que en la de la *Crónica Moralizadora de San Agustín*. No deja Córdoba de tratar de las cosas del siglo, de los acontecimientos políticos y de las instituciones civiles; pero toca todo ello muy de pasada, y raras veces trae datos de interés y novedad. Cortas e insignificantes son las relaciones de los Incas (sacada de Herrera, Acosta y Garcilaso), y sus descripciones del Perú, Chile y Nueva Granada. No así de la ciudad de Lima que está en los seis primeros capítulos del libro III, y que da idea exacta de la corte del Virreynato peruano, a mediados del siglo XVII; pero no puede compararse en extensión, fidelidad y abundancia de pormenores con la que el dominico Meléndez copió de Montalvo”.

“Como los franciscanos fueron, a la par que los jesuitas, los misioneros por excelencia de la época colonial, Córdoba ocupa largos trechos de la crónica con relatos de los trabajos de sus frailes entre las tribus infieles y con la pintura de la región de los bosques, teatro de aquellas”.

“En la callada historia colonial del siglo XVII, los acontecimientos más memorables eran la amenaza de los corsarios y de los terremotos. De estos últimos también, hace referencia fray Diego de Córdoba, observando que asotan de preferencia los lugares cercanos al mar, y que se sucedían desde Chile, corriendo por su orden la costa arriba”. Riva Agüero “La Historia del Perú”.

La *Crónica Franciscana* del Padre Córdoba y Salinas, inserta en primer lugar una epístola al Rey Felipe IV sobre la apostólica epopeya de los humildes franciscanos. Trata después de las pacíficas conquistas de los “Doce apóstoles” de San Francisco, primeros misioneros del Perú, relatando sucesos maravillosos, ocupándose en especial de Fray Mateo Jumilla, calificado de “infatigable apóstol del Perú”. A continuación encontramos en su obra, descripciones sobre las incursiones de los piratas, sobre granjas y chácaras, elogio de Lima. Habla también de las místicas flores peruanas.

No obstante la pobreza de su estilo vislumbrado a través de la lectura de sus relatos, podemos calificarle como el único cronista un ferviente enamorado de su ciudad nativa y a la vez un convencido hispanófilo. Lástima que a Córdoba y Salinas le preocupó mucho menos que a los demás cronistas el curso de los acontecimientos franciscano de vuelo. En su descripción de Lima se muestra como

profanos. De allí que sus noticias sean principalmente de acontecimientos de su orden con pobreza de datos históricos de otro orden.

Juicio Crítico.

Sabemos todos que nuestra vida colonial estuvo caracterizada por ese cariz principalmente ascético y místico, como consecuencias de la preponderancia de la Iglesia en todos los órdenes de la actividad de nuestro medio de la época. De allí el interés preponderante que tienen en nuestra historia las Crónicas de Convento. Los frailes cumplieron en nuestro medio una doble misión evangelizadora. Por desgracia algunas veces, no hicieron historia para ocuparse en cambio de tejer menologios o actas capitulares.

Como ya se ha visto en la obra del Padre Calancha se amontonan los datos y se entreveran los conceptos hasta el punto de perder la hilación. Sin embargo encontramos informaciones únicas, aún las de los indios costeños, los relativos a las creencias, supersticiones e idolatrías de los naturales. Nos da noticias de obras que no las conocemos porque se han perdido. Su documentación es amplia y buena, pero no tuvo sentido crítico en la apreciación de las fuentes. Esto en la Crónica Agustiniiana.

Los dominicos disputaron a las demás órdenes la primacía evangelizadora del Perú. Sólo con el padre Meléndez, podemos decir que tuvieron un Cronista en el sentido estricto de la palabra. Como se ha visto se concreta a las actividades de su Orden, pero no omite decir lo que conduce a su intento sobre sucesos ajenos a ella; describe las fundaciones de la Orden y al mismo tiempo va entretejiendo biografías de los que se destacaron en ella. Su obra es un verdadero manantial de los síntomas espirituales de su época cuando trata de reivindicar para los dominicos el haber sido los primeros en venir al Perú y predicar el Evangelio, en contraposición a Calancha que quería para su Orden igual privilegio.

La Crónica Franciscana, con Córdoba y Salinas, es más unitaria que la de Calancha, y sobre todo sin las ampulosidades que la afean al agustiniano, aunque aquel por su sobriedad pecó de nebuloso y opaco en el estilo. Ha sabido aprovechar de los datos almacenados en su archivo, reproduciendo algunas cédulas y documentos que contribuyeron al mérito de su obra.

La Orden Mercedaria no llegó a tener Cronista y solo en el año 1931 apareció la obra de Fray Luis de Vera intitulada "Memorial de la Fundación y progreso de la Orden de Nuestra Señora de la Merced de la provincia de Lima". Es una relación breve en seis capítulos.

La Compañía de Jesús, carece también de una obra impresa, no obstante su variada y compleja actividad en la vida colonial, Muchos han tomado para sí la tarea de escribir la crónica jesuita.

ANTONIO LOZANO RÍOS



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»